

presión lograda, evidenciando profundo conocimiento de la tierra sureña y sus rigores, denunciando a los hombres que cazaban a los hombres como si fueran alimañas. Y toda su novela alentaba una explosión angustiada de los labradores arrojados de sus tierras, que sentían tan suya porque la habían fecundado con su trabajo y su sangre y porque—si a veces se mostraba avara—de todos modos esa tierra se conjugaba con los nacimientos y las muertes. (Como en *Nuestro pan* de Gil-Gilbert, como en la novela máxima de Ciro Alegría). Tal vez alguna página de entonces consignaba muy sonora la indignación irrefrenable; y resultaba oratoria. En *Ventarrón* ya alcanza su plenitud expresiva Reinaldo Lomboy, y su equilibrio. Su tema armoniza, en una certera unidad, la visión marina con las tierras de pastoreo pues los hombres pasan ahora de un escenario a otro—vida y muerte—por la injusticia con que sus jueces los tratan. Lomboy capta la esencia de los humanos a través del maduro sufrimiento de esos hombres que luchan y mueren por dignificar su vida, sin monólogos altisonantes ni conmiseración, con la austera arrogancia de quien vive bien plantado sobre la tierra nutricia. Castizo el vocabulario, aguda la observación: la técnica con que se estructura *Ventarrón* rompe las normas habituales sin perder la estructura unitaria del documento vivo. Lomboy posee recursos estilísticos propios y plenitud humana.—

JORGE BOGLIANO.

<https://doi.org/10.29393/At255-256-284GEJB10284>

LA GENERACIÓN DE 1898, EN ESPAÑA por Germán Sepúlveda

La Universidad de Chile ha editado la primera versión castellana, hecha por el doctor Pino Saavedra, del ensayo de Hans Jeschke: *La generación de 1898 en España*. Ensayo que desde 1934, fecha de su publicación en Alemania, viene influyendo sobre las ideas, los métodos y las orientaciones con que tratadistas y profesores universitarios estudian aquel núcleo de

intelectuales, aún cuando rara vez mencionen al hispanófilo germano.

Entre nosotros, mientras desempeñó la cátedra de Estética Literaria en el Instituto Pedagógico, el doctor Pino Saavedra tiene el mérito de haber divulgado y sometido a la discusión de sus mejores discípulos las doctrinas y conclusiones de Jeschke. Por esto, su traducción de: *La generación de 1898 en España*, acompañada de un prólogo excelente, en el cual se revisan los principales aportes sobre la materia, y seguida de un complemento del índice bibliográfico, integra su labor educativa y propaga un tema que exige tanta amplitud de conocimientos especializados como seguridad en el manejo de los idiomas alemán y castellano. Asimismo, la Universidad procedió muy bien al haberle encomendado esta delicada faena, y ojalá continúe por el fructífero sendero de impulsar las traducciones serias, que la prestigian en su ítem de difusión cultural.

Por sus cualidades de trabajo meditado, escrupuloso y ecuánime y por tratar a quienes suscitan y organizan a la gran España culta de hoy, el de Hans Jeschke tiene para el mundo de habla hispánica un superlativo interés: no en balde las letras iberoamericanas muestran tan a menudo la huella de sus personeros capitales. Personeros sobre cuyo número y cuyos nombres todavía no existe pleno acuerdo. Nuestro autor los circunscribe sólo a «el dramaturgo Benavente, los prosistas Valle-Inclán, Baroja Azorín y el poeta lírico Antonio Machado». Las pruebas acumuladas en su libro parecen abonar su aserto en forma irredargüible, desde luego, es necesario destacar que la inclusión definitiva de Machado es de cabal justicia. Antes de discutir el número y los nombres, es indispensable una excursión esquemática por el contenido de *La generación de 1898 en España*.

Consta de dos partes complementarias. La primera se titula: *Los orígenes espirituales de la generación de 1898*, desarrollada en los subtítulos fundamentales: A, «Panorama del movi-

miento liberal en España desde comienzos del siglo XIX hasta 1850 y exposición circunstanciada de la época del «krausismo». B. «Panorama de la reacción tradicionalista hasta 1856 y exposición circunstanciada del influjo cultural-político de Marcellino Meléndez y Pelayo (1856-1912)»; y C. «Conciliación reforzada de los dos movimientos contrapuestos en las postrimerías del siglo XIX». La segunda parte se titula: *Ensayo de una determinación de la esencia de la generación de 1898*, desarrollada en los subtítulos fundamentales: A. «El problema del concepto de generación». B. «La estructura espiritual de la generación de 1898»; y C. «La creación espiritual de la generación de 1898».

Se ve que nos hallamos frente a un estudio realizado con todas las formalidades metódicas y eruditas propias de la investigación alemana. Sin embargo, se mantiene a lo largo de él un alto cauce de amenidad expositiva, al par que una firme trabazón de conceptos, rigurosamente ceñida a los hechos culturales en disección. Las conclusiones sobre la fisonomía de España en el siglo pasado no son dadas al término de un reavalúo severísimo de hombres como Julián Sanz del Río, Francisco Ginés de los Ríos y Joaquín Costa, en filosofía, en educación y en política, respectivamente; Menéndez y Pelayo, Juan Valera, Leopoldo Alas (Clarín) y Pérez Galdós, en la crítica y en la novela de gran calibre. Aquilatados estos autores y su acción, nos señala Jeschke la raigambre de los motivos y actitudes de la «generación de 1898».

Para el examen de ella en sí misma, se acoge a los procedimientos y resultados más definitivos en la «ciencia de la literatura alemana, que sintetizan W. Dilthey, H. von Müller, W. Pinder, E. Wechssler, J. Petersen y R. Alewyn. En seguida, desarticula las opiniones de Azorín, Baroja, Maeztu, etc., rectificándolas en su forma y en su fondo, de manera que sus alteraciones y reservas, en cuanto a la práctica ordinaria de estimar a ese grupo de escritores hispánicos, sugieren perspectivas

y derroteros muy fecundos en dicho predio de investigación. De inmediato, pasa a la autopsia espiritual de los entonces jóvenes del 98, que se concreta en un sentimiento pesimista de la vida, se manifiesta en un pensar escéptico y remata en franca ojeriza a la política, por lo menos a la política de «atraco en forma de discurso grandilocuente». Termina con un denso y breve panorama sobre las peculiaridades de las creaciones, subrayando las teorías estéticas y los modelos literarios que lo subyugan: del mismo modo, procede a caracterizar las preferencias lingüísticas y estilísticas. Con tales elementos nos filia, también, a cada autor en particular y determina quiénes han de permanecer o no incluidos en el ámbito de la «generación de 1898».

La generación de 1898 en España, por ser libro de tan acendrada pulcritud en el desarrollo de sus temas como de franciscana paciencia documental en apoyo de sus juicios, apenas da margen a leves observaciones en su contra. No obstante, siguiendo las aguas del mismo Hans Jeschke, debemos anotar tres reparos: 1) Excluye de la «generación del 98» a Unamuno; 2) Sitúa en ella con demasiado énfasis a Benavente; y 3) Desatiende el papel precursor de Ganivet.

Ciertamente, por la fecha de nacimiento, Unamuno queda lejos de los hombres del 98, pero son más importantes las causas que lo ponen al lado de ellos: a) por la similitud de inquietudes culturales; b) por el sentido y rango de estas inquietudes; c) por «la preocupación de España»; d) por la búsqueda de soluciones radicales y cauterizantes; e) por el individualismo tremendo de su vida y de su obra; f) por la renovación mental y estilística de sus páginas ante los escritores del siglo XIX; y g) por su ejemplaridad para los hispanoamericanos, que no es inferior a la de Azorín, Valle-Inclán, Baroja, etc.

Benavente, en cambio, participa de la «generación del 98» con rasgos bastante débiles, hasta negativos: a) obra de temática monocorde y superficial; b) recursos y estilo de burguesis-

mo inofensivo, aunque agrídulce; c) señoritismo de conducta y de pensamiento; d) creaciones en las cuales falta vertebración de raíz española sustantiva; e) ausentismo intelectual de los grandes problemas nacionales.

De Ganivet, faltó a Jeschke un análisis que participara de la acuciosidad con que trató a los otros, pues su perfil de animador y precursor merece un claro distinguo.

Hoy por hoy, *La generación de 1898 en España* nos viene con mucha oportunidad. Ya circula entre nosotros una aviesa propaganda: ciertos epígonos franquistas pretenden, falseando la verdad literaria, incorporar a sus «glorias» la «generación del 98»; no vacilan en adobarla conforme a una hispanidad cerril y fanática. Es exponente notable un señor Laín Entralgo, que en páginas de inconfundible sello clericalista, tituladas «Generaciones en la Historia» deforma el significado de esa promoción. Le hace eco el periódico «La Estafeta Literaria», de meloso proselitismo. Felizmente, el sólido e imprescindible estudio de Hans Jeschke permitirá neutralizar en Hispanoamérica cualquier atentado de lesa cultura.